

CINCO TESIS SOBRE “HERBERT MARCUSE COMO TEÓRICO CRÍTICO DE LA EMANCIPACIÓN”*

Five Theses on “Herbert Marcuse as Critical Theorist of Emancipation”

HANS-JÜRGEN KRAHL**

I. Marcuse interpreta los principios emancipatorios de los posibles procesos de revolución social en las metrópolis industriales del capitalismo tardío en el sentido de que la base empírica de la autoenajenación ya no es la experiencia mediata de la miseria inmediata, sino la experiencia consciente de la contradicción, la apatía y la integración que se dan a nivel social. En el centro de la teoría de la revolución de Marcuse se encuentra la siguiente pregunta: ¿cómo puede desarrollarse la necesidad de emancipación bajo las condiciones de una satisfacción represiva de las necesidades materiales elementales? ¿Cómo pueden las demandas de un reino de libertad, paz y felicidad abrirse paso hasta la conciencia de las masas y llegar a manifestarse políticamente una vez que ya no están anclados en las necesidades materiales más básicas, como son las de eliminar el hambre, la penuria material y la miseria física?

II. El hecho del trabajo en sí mismo constituye la forma de manifestación de la explotación en la formación social del capitalismo tardío. De acuerdo con Marcuse, ya no se plantea la cuestión del trabajo superfluo y el trabajo necesario, y con ello la de la opresión superflua y la opresión necesaria; más bien, el progreso en la automatización de la maquinaria abre la perspectiva utópico-real de la abolición del trabajo en cuanto tal.

III. Si la emancipación de la coacción del trabajo está ligada de tal modo al progreso técnico, quienes detentan el poder capitalista se ven obligados a poner una democracia que funciona sin fricciones al servicio de la eliminación de todo impulso emancipatorio. Por muy ideológicamente deformada que ésta estuviera, la liquida-

* Estas tesis surgieron en el contexto de los trabajos preparatorios para un artículo sobre Marcuse que debía publicarse en la revista *konkret* en el verano de 1969. El artículo estaba concebido como respuesta a un ataque infundado de Rolf Hochhuth contra Marcuse en esa misma revista. Las anotaciones aquí recogidas están publicadas en Hans-Jürgen Krahl, *Konstitution und Klassenkampf*, Fráncfort: Neue Kritik, 2008: 304-308.

** Hans-Jürgen Krahl (17 enero 1943 - 13 febrero 1970) fue el asistente de Adorno en la Universidad de Fráncfort del Meno y, junto con Rudi Dutschke, el principal dirigente del SDS (Alianza de Estudiantes Socialistas Alemanes) y cabeza visible del movimiento antiautoritario en la República Federal Alemana de los años 60.

ción de la necesidad de emancipación, que acompaña la transición del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista, exige, según Marcuse, una unidimensionalización de las ideologías en la época del capitalismo tardío.

IV. La respuesta a ello es la negación del sistema por parte de los grupos marginales, ya sean los de los privilegiados sensibles o los de los desfavorecidos y maltratados: una negación necesariamente abstracta frente a un sistema herméticamente cerrado, que adopta la forma de una razón impotente, de la protesta indignada del Gran Rechazo.

V. La formación social del capitalismo tardío marca con el signo de la integración todas las formas institucionalizadas de organización de la oposición, de la resistencia y de la revolución. La prueba más clara de ello es el destino –deformado por la organización de masas– del partido leninista vertical y jerárquico en la historia natural del movimiento obrero de Europa occidental; como negación abstracta de esa historia, Marcuse propone la sublevación emancipadora del individuo que se transforma a sí mismo en su estructura pulsional y del sujeto singular que revoluciona su propia vitalidad menesterosa.

Ad I-IV. Con estos teoremas, Marcuse formuló el verdadero principio de la razón de la lucha por la liberación en la civilización del capitalismo tardío: una noción de la toma del poder en el centro político que va más allá de la mera socialización de los medios de producción –y, con mayor razón, de su simple estatalización– y concibe la utopía concreta del comunismo, es decir, de las relaciones libres de dominación entre individuos solidarios y ya no sujetos a los límites naturales de la división del trabajo heredada de la tradición. Marcuse es el teórico crítico de la emancipación. La emancipación es la negación determinada del concepto de socialismo que se ha visto deformado en el marxismo soviético, que lo forjó a imagen y semejanza de una producción tecnificada que funciona sin fricciones, planificada bajo el control estatal y burocráticamente racionalizada. Frente a ello, en Occidente el marxismo crítico se opuso recurriendo teóricamente, en clave revolucionaria, al joven Marx de los *Manuscritos de París* y *La ideología alemana*, por mucho que los ideólogos de la clase dominante lo hubieran deformado en clave antropológica o teológica. Más allá de un concepto de producción restringido a lo tecnológico, la lucha por el poder en el Estado y la expropiación de los propietarios de los medios de producción no se considera el objetivo final, sino la condición de posibilidad de una asociación de seres humanos libres; es decir, el comunismo entiende la socialización de los medios de producción como condición para la organización de unas relaciones solidarias entre individuos libres. El concepto de emancipación que Marcuse desarrolla en la tradi-

ción del marxismo occidental –que va de Lukács hasta Merleau-Ponty pasando por Horkheimer– permite hacer consciente aquello que las estrategias del reformismo socialdemócrata y de la ortodoxia marxista soviética habían reprimido: la reducción de la emancipación al progreso técnico, y de la revolución social a la revolución industrial. Partiendo de las experiencias de los movimientos social-revolucionarios de liberación del Tercer Mundo, se abre de nuevo una perspectiva de política y violencia sin concesiones, así como una concepción de la liberación que va más allá de la intensificación industrial de los planes quinquenales. Marcuse, como crítico filosófico de la emancipación, desarrolla un concepto de liberación que no pretende someter de nuevo a los seres humanos a las condiciones objetivas de la materia muerta –es decir, a los medios de producción–, sino que vuelve a situar la función de los medios de producción en la revolución desde un punto de vista de filosofía de la historia: en las metrópolis capitalistas altamente industrializadas la clase obrera unificada no lucha por el poder de controlar la maquinaria como tal, sino por la posesión colectiva de los medios de producción como condición de unas relaciones humanas libres de dominación. Marcuse ha liberado el concepto de emancipación de su ceguera en términos de historia natural, tal y como esta se manifestó en el destino de los movimientos obreros. Pues la emancipación implica algo más que un simple cambio en las relaciones de propiedad que regulan el metabolismo técnica e industrialmente mediado entre los seres humanos y la naturaleza: la emancipación implica un cambio en las relaciones de propiedad, en el poder de disposición de los seres humanos sobre las cosas, para liberar las relaciones entre los propios seres humanos. Expresado en términos filosóficos: la socialdemocracia y el marxismo soviético han reducido el proyecto de una forma socialista de vertebrar relaciones sociales a un mero cambio en las relaciones de propiedad industrial que regulan el intercambio entre los seres humanos y la naturaleza. La historia ha vuelto actual aquello que Marcuse formuló de manera tan filosófica como ingenua: la reducción del proceso revolucionario de liberación a una revolución industrial arrastra consigo la miseria de la cosificación y somete a los individuos a la servidumbre impersonal de los medios materiales de producción. La emancipación, en cambio, aspira a que los individuos organicen los medios de producción industrial para poder relacionarse entre sí de manera feliz. El concepto reducido de emancipación solo aspira a una transformación de las relaciones de propiedad de los seres humanos con los medios de producción, pero no a una transformación de las relaciones sociales de los individuos históricos entre sí. Lo que distingue a la emancipación no es la reorganización de la propiedad industrial, sino la reorganización de las relaciones sociales de la sociedad. Este estado de cosas revolucionario, evidente por sí mismo, ha sido traicionado por el

reformismo socialdemócrata en nombre del Estado, se ha visto desplazado por la lucha de poder antiimperialista de la Unión Soviética, y ha sido reprimido por la política de alianzas y el servilismo parlamentario de los partidos comunistas en su lucha antifascista. Para desarrollar un concepto de revolución adecuado a la situación de las metrópolis era necesario que Marcuse volviera a afirmar: la emancipación no es la liberación de la maquinaria técnica, sino la liberación de los seres humanos sociales. Solo en base a este evidente principio racional pueden comprender las masas asalariadas el carácter insopportable de la opresión que contienen las aparentes garantías de seguridad social del Estado autoritario y las crisis de la economía monopolista, que el keynesianismo reduce a meras recesiones.

Marcuse exige una imagen más concreta de las posibilidades objetivas de una sociedad futura: si la automatización permite abolir el trabajo y la opresión se ha vuelto superflua en la misma medida en que así lo muestran la industria y la democracia del capitalismo tardío, entonces la negación determinada del sistema de explotación que funciona sin fricciones debe adquirir también una determinación mayor. Si los seres humanos ya no padecen hambre de forma inmediata, han de poder saber por qué habrían de arriesgar la vida por la revolución y por qué tienen más que perder que sus cadenas. Sin embargo, la propia teoría de Marcuse no está a la altura de esta exigencia de negación determinada: su apelación al Gran Rechazo se queda en un nivel abstracto, que no es capaz de desarrollar un principio de realidad política hecho de reglas tácticas, máximas estratégicas e imperativos de organización. Con todo, el Gran Rechazo es algo más que la consigna inspirada por el impulso romántico de los comienzos revolucionarios. Es la consecuencia necesaria que se deriva de un concepto de emancipación que descubre –en todas las huellas del espíritu objetivo que rige las administraciones y las instituciones, las burocracias y los medios de opinión, los modelos de cogestión empresarial y las reformas autoritarias de la universidad– la fuerza irresistible de la ceguera tecnocrática.

Por otra parte, Marcuse comparte la miseria de la teoría crítica y la autoconciencia ahística de los movimientos revolucionarios emergentes; es incapaz de formular los criterios de una *realpolitik* revolucionaria, de los compromisos tácticos en materia de alianzas, de las estabilizaciones de los movimientos estudiantiles de protesta en términos de organización práctica y de los análisis teóricos de clase. Una de las enfermedades infantiles del izquierdismo propias de los movimientos revolucionarios incipientes es la confusión –al principio inevitable– entre la demostración abstracta del principio puro de emancipación y su desarrollo concreto. Como teórico de la primera manifestación de este principio de razón revolucionario, Marcuse comparte con los movimientos estudiantiles conscientes de la libertad en las metrópolis esas

mismas enfermedades infantiles en todas las fases de formulación de su teoría. Su análisis de la unidimensionalidad en términos de crítica de la ideología dejó a los intelectuales indignados en la incertidumbre sobre si la integración de la clase obrera era un destino irrevocable o una apariencia que podía ser superada. Pero cuando la Alianza de Estudiantes Socialistas Alemanes (SDS) experimentó en sus propias carnes el aislamiento de los movimientos políticos de intelectuales e intentó renovar en la práctica los principios de la lucha de clases proletaria, cayó en una contradicción que sigue sin resolverse hasta hoy y que decidirá sobre su desarrollo revolucionario. Con la crítica a los principios rígidos de emancipación y ligados a los grupos marginales del Gran Rechazo –es decir, con el intento de introducir un principio de realidad política en la negación emancipatoria del sistema y de tener en cuenta el antagonismo de clase que todavía existe en las metrópolis, aunque se haya transformado de manera decisiva–, el SDS corría el peligro de enredarse ciegamente en una ortodoxia inconfesada, recayendo en una tradición no esclarecida de lucha de clases que deformaba su sentido. Al intentar articular la revolución desde las categorías heredadas de la lucha de clases, la necesidad del movimiento estudiantil de orientarse hacia el proletariado corría el peligro de sofocar los principios de la emancipación revolucionaria. En otras palabras, el movimiento estudiantil se enfrenta al dilema objetivo de que su principio de razón emancipatoria, históricamente nuevo, renuncia a los criterios de la política real y de la especificidad de la situación de clase, mientras que, por otro lado, la sustancia tradicional de la lucha de clases proletaria es ciega frente a los nuevos principios de una liberación que no haga concesiones. El destino decisivo que la protesta revolucionaria en las metrópolis debe evitar conscientemente es el de asfixiar el ímpetu sin concesiones de la negación revolucionaria mediante la introducción de categorías tradicionales de lucha de clases y de principios de realidad políticos de carácter táctico; es decir, el de olvidar la revolución en nombre de una *realpolitik* con conciencia de clase. La conciencia necesariamente anacrónica del movimiento de protesta de Alemania Occidental en su fase actual consiste en revestir el nuevo principio de razón emancipatoria con los viejos ropajes de las categorías tradicionales de la lucha de clases; el concepto de lucha de clases con el que opera el movimiento, tanto a nivel pragmático como dogmático, no se corresponde ni con la realidad de clase ni con la necesidad de emancipación de las metrópolis capitalistas altamente industrializadas.

Traducción del alemán: Jordi Maiso